

III

VIEJOS RECUERDOS

Debemos decir ahora, para que no sorprenda, que en la terrible noche de Enero en que se había desbordado el Armançon, ni los siniestrados ni los salvadores habían podido verse las caras.

Ahora bien, como el duque de Torino y su compañero habían salido subrepticamente del castillo de Tanlay antes del amanecer, nada de extraño tiene el que todos los actores de ese drama nocturno no se reconocieran al encontrarse de día.

Al toque de corneta, la plaza acababa de limpiarse como por encanto, pues todos los mosqueteros, los jóvenes conducidos por los viejos, se habían colocado á derecha é izquierda para formar filas al paso del capitán que volvía del cuartel general en compañía de sus oficiales, los subtenientes marqués de Gherlor y duque de Rohán, y los alféreces Souvret y Montigny.

Bajo el brillante uniforme de comandante de aquella compañía de mosqueteros negros que había sido

creada para la guardia del cardenal ministro y había vuelto al trono, el conde Luis de Lespare tenía altivo aspecto. En el momento de partir á Flandes, había dejado á la condesa en su hotel de París, y cumplía honorablemente su deber, esperando que pronto acabaría la campaña y que podría ir á reunirse con su esposa. Precediendo á sus oficiales, pasó rápidamente ante el centinela, que presentó armas, y bajó el declive, no deteniéndose hasta llegar á la puerta de su tienda.

— Señor de Gherlor, dijo, entonces, volviéndose, haga al favor de mandar que se prepare todo. Según las órdenes que acaba de comunicarme el señor de Noailles, la batalla se efectuará mañana al amanecer. Los señores de Rohán, de Montigny y de Souvret tendrán que tomar las disposiciones necesarias y velarán atentamente para que se apaguen los fuegos de vivac á la hora reglamentaria.

En efecto, empezaba á caer la noche, y, aquí y allá, perforaba la obscuridad la llama de los fuegos encendidos para cocer las escasas vituallas.

— Arréglese de modo que se refuercen sin ruido las grandes guardias y se doblen los centinelas de las avanzadas. Y, sobre todo, trate de que se provea de municiones á nuestros jinetes, y, á falta de lo que no podemos tener aquí, que los señores mosqueteros y sus caballos tengan á lo menos una ración razonable. La jornada de mañana será ruda; es menester que todos nosotros estemos dispuestos á cumplir con nuestro deber y á vencer á la vista de Su Majestad el Rey... Váyanse, señores...

Luego, volviéndose hacia su hijo, el capitán, poniéndole una mano en el hombro, empezó á contemplarle con ingenua y paternal admiración.

— ¡ El vivo retrato de mi querida Constanca, murmuró, en el tiempo en que huía yo de los espadachines del duque de Toranzani para salvaguardia de su vida y la de su madre que no pudo sobrevivir á su destierro !

Despachados por su jefe, los oficiales habíanse puesto á la cabeza de los hombres de la compañía, y se alejaban con ellos, costeano las ruinas del fortín. Al poco rato, no quedaban más que tres grupos compuestos del siguiente modo : Jarnac y Chaminade, al pie del talud en que estaba apostado el centinela ; los dos oficiales, junto á la tienda del capitán, y los italianos, detrás del carro cantina en que se había encerrado Maruja. Gonzalvo de Torino parecía absorto en sus reflexiones.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! pensaba. El mariscal de Sajonia ha decidido romper el fuego mañana, al apuntar el día : ¡ es este un dato precioso y que el duque de Cumberland me pagará muy caro !... Pero... — añadió, percatándose de pronto del vacío que se había producido en la plaza y de su aislamiento...

— Es demasiado tarde, replicó, con desaliento, su consejero. Ha perdido usted la ocasión... Hace un rato hubiéramos podido huir entre los grupos y desaparecer sin llamar la atención. Á estas horas, á pesar de la obscuridad, se notaría nuestra fuga. ¡ Mire, nos acechan los dos soldadotes !

En efecto, los dos viejos profesores de esgrima se

acercaban hacia ellos, moviéndose como dos barcos que navegan con viento contrario.

De pronto, Chaminade se agachó hacia el hogar de la cantina, cuyo fuego acababa de morir bajo las cenizas, y se volvió á levantar, sacudiendo, en la mano derecha, una tea encendida. La claridad producida por aquella cabellera de llama sacó de las tinieblas el rostro de los cómplices.

— ¡ Tate ! exclamó el tolosano, me parece que esos señores se disponen á despedirse de nosotros...

— Silenciosamente... exclamó el de Cevennes.

— Lo cual no es muy cortés entre caballeros... Dí, querido...

— ¿ Mi noble amigo ?

— Creo que el pobre se muere de ganas de hablar á nuestro aventajado discípulo.

— ¿ Y si invitásemos á ese hombre y á su compañero, por nuestra parte ?

— ¿ Á qué ?

— Á venir á ver al capitán

— Buena idea, razón tienes, querido !...

Así aprobado Chaminade, dirigiéndose á los extranjeros, quitándose el sombrero de modo inédito :

— Ya que preguntaban ustedes por el conde de Lespare, permítanme que les indique el camino para que vayan á presentarle sus respetos.

Al oír el ruido, volvióse Luis de Lespare.

— ¿ Quiénes son esos hombres ?... preguntó frun-



Luego, volviéndose hacia su hijo, el capitán, poniéndole una mano en el hombro, empezó á contemplarle con ingenua y paternal admiración.

— ¡ El vivo retrato de mi querida Constancia, murmuró, en el tiempo en que huía yo de los espadachines del duque de Toranzani para salvaguardia de su vida y la de su madre que no pudo sobrevivir á su destierro !

Despachados por su jefe, los oficiales habíanse puesto á la cabeza de los hombres de la compañía, y se alejaban con ellos, costeando las ruinas del fortín. Al poco rato, no quedaban más que tres grupos compuestos del siguiente modo : Jarnac y Chaminade, al pie del talud en que estaba apostado el centinela ; los dos oficiales, junto á la tienda del capitán, y los italianos, detrás del carro cantina en que se había encerrado Maruja. Gonzalvo de Torino parecía absorto en sus reflexiones.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! pensaba. El mariscal de Sajonia ha decidido romper el fuego mañana, al apuntar el día : ¡ es este un dato precioso y que el duque de Cumberland me pagará muy caro !... Pero... — añadió, percatándose de pronto del vacío que se había producido en la plaza y de su aislamiento...

— Es demasiado tarde, replicó, con desaliento, su consejero. Ha perdido usted la ocasión... Hace un rato hubiéramos podido huir entre los grupos y desaparecer sin llamar la atención. Á estas horas, á pesar de la obscuridad, se notaría nuestra fuga. ¡ Mire, nos acechan los dos soldadotes !

En efecto, los dos viejos profesores de esgrima se

acercaban hacia ellos, moviéndose como dos barcos que navegan con viento contrario.

De pronto, Chaminade se agachó hacia el hogar de la cantina, cuyo fuego acababa de morir bajo las cenizas, y se volvió á levantar, sacudiendo, en la mano derecha, una tea encendida. La claridad producida por aquella cabellera de llama sacó de las tinieblas el rostro de los cómplices.

— ¡ Tate ! exclamó el tolosano, me parece que esos señores se disponen á despedirse de nosotros...

— Silenciosamente... exclamó el de Cevennes.

— Lo cual no es muy cortés entre caballeros... Dí, querido...

— ¿ Mi noble amigo ?

— Creo que el pobre se muere de ganas de hablar á nuestro aventajado discípulo.

— ¿ Y si invitásemos á ese hombre y á su compañero, por nuestra parte ?

— ¿ Á qué ?

— Á venir á ver al capitán.

— Buena idea, ¡ demonio !... ¡ Qué corazón tienes, querido !...

Así aprobado por su compadre, Chaminade, dirigiéndose á los extranjeros, exclamó, quitándose el sombrero de modo inédito :

— Ya que preguntaban ustedes por el conde de Lespare, permítanme que les indique el camino para que vayan á presentarle sus respetos.

Al oír el ruido, volvióse Luis de Lespare.

— ¿ Quiénes son esos hombres ?... preguntó frun-

ciendo el entrecejo. ¿Y cómo han entrado en el campamento?

El tolosano contestó, como si fuera á él á quien se dirigían aquellas preguntas:

— Son dos individuos de carácter malo.

— ¡ Oh! ¡ muy malo! aprobó su íntimo amigo.

— ¿ Pero qué han hecho? ¿ Qué han dicho?

— ¡ Cosas feas contra el ejército, capitán!

— Y muy halagüeñas para los espías.

— ¿ Quién era el oficial de guardia?.. preguntó, en tono frío, el conde.

— ¡ Yo, capitán! respondió Enrique.

— Entonces, diga qué ha pasado, alférez.

El joven oficial adoptó la posición reglamentaria, y dijo:

— Mi capitán, estos dos hombres se han introducido en nuestras filas diciendo que venían del cuartel general; uno de ellos solicitó hablar á usted; luego, ha dirigido á los maestros de armas de la compañía preguntas á las que Jarnac y Chaminade han contestado como debían hacerlo; entonces, el más alto de ellos, amo, al parecer, del otro, ha criticado la disciplina del cuerpo y se ha burlado de la juventud de los oficiales, demasiado inexpertos para saberla mantener. Yo no he sido dueño de mi indignación. He querido dar una lección de mando á ese extranjero que ha venido aquí con intenciones que no me atrevo á calificar.

Mientras escuchaba este informe, Lespare no dejó de mirar á Gonzalvo y á Pietri, cuyos rostros estaban en plena luz.

— Es raro, se dijo, tal vez no sea más que una ilusión; pero el ver á estos dos hombres me trae á la memoria tristes recuerdos... Sin embargo, mi causa era justa, ¿ por qué, pues, había de castigarme el azar, poniendo ante mis ojos las facciones de aquellos á quienes una larga serie de crímenes me obligó á suprimir del mundo de los vivos?

Así que el alférez hubo acabado de hablar, se repuso el conde y, sin dejar de mirar á los italianos, les dijo:

— Ante todo, caballeros, sírvanse enseñarme su pasaporte. Porque, sin duda, traerán ustedes un salvoconducto firmado por el mariscal... salvoconducto sin el cual ninguna persona extraña al ejército de Flandes puede, sin arriesgar su vida, franquear la línea de nuestros centinelas.

— Capitán, replicó Gonzalvo, tomando con audacia su resolución de aventura: el señor de Noailles, que suple al señor mariscal de Sajonia, me había encargado de venir á avisarle que le esperaban á usted en el cuartel general, para reunirse en consejo de guerra. Por desgracia, diversas formalidades y las severas órdenes dadas á las avanzadas, nos retrasaron á mi compañero y á mí, y cuando llegamos, ya se había usted marchado.

Afortunadamente, el conde no era hombre capaz de dejarse engañar por semejantes subterfugios; desde aquel momento, formó ya su opinión. No obstante, para rodearse de pruebas convincentes, juzgó prudente acosar un poco á su interlocutor; para lo cual, le dijo, acentuando bien sus palabras:

— Pero, ¿qué funciones desempeña usted junto al señor mariscal suplente? Éste no acostumbra á mandar un ayudante de campo ni un oficial del estado mayor, sin uniforme. Y cuando se le ocurre enviar un intermediario sin galones, previene previamente á los jefes de cuerpo.

— Caballero, su insistencia me parece ofensiva... Tengo el honor de ser amigo personal del señor Luis de Noailles, quien, como no duda de mi honorabilidad, no ha vacilado para confiarme esta misión.

— ¡Es raro!.. En fin, enséñeme el salvoconducto que le habrá dado seguramente el mariscal.

— Está usted equivocado, declaró enérgicamente Gonzalvo, el cual, al verse descubierto, decidióse á jugar el todo por el todo. ¡El mariscal no ha creído oportuno entregarnos una firma, pues sabía perfectamente que nuestros rostros le eran conocidos!

— ¡Qué audacia!.. gruñó Luis de Lespare, á quien empezaba á invadir la cólera. ¡Acabo de separarme del mariscal; éste nada me ha hablado de ustedes; luego están aquí sin saberlo él!.. Nada me autoriza ya á creerle... Tengo derecho á suponerles intenciones sospechosas y á tenerles por...

— ¡Capitán! interrumpió el italiano, soy título, y este hombre, de quien respondo como de mí mismo, está agregado á mi persona en calidad de consejero privado.

— En tiempo ordinario, repuso el conde acalorándose, hubiera podido bastarme su palabra de caballero; mas no en tiempo de guerra; ¡tengo mis deberes y

mis responsabilidades!... Hasta que se me pruebe lo contrario, conservo mi opinión y les guardo á mi disposición para asegurarme de si son ustedes portadores de alguna correspondencia ó de algunos documentos importantes...

— ¡Ah! gimió Pietri, en quien se revelaba toda la cobardía de su raza, porque se veía perdido: ¿por quiénes nos toma usted, pues, capitán?

— ¿Por quiénes les tomo?... repitió Lespare con estupor. Eso es ya demasiado cinismo, y voy á demostrarles que á mí no se me engaña fácilmente.

Y, dirigiendo terrible mirada á los italianos, prosiguió:

— Sólo un merodeador y un espía tienen interés en deslizarse en un campamento á favor de un pretexto concebido muy precipitadamente y, por eso mismo, difícil de admitir; el primero, para sustraer los objetos que le convengan; el segundo, con el fin de tomar nota sobre el efectivo, las posiciones ocupadas y, sobre todo, para tratar de sorprender las órdenes secretas dadas á los oficiales. Estos ladrones, ¡porque esas gentes son ladrones! forman, pues, dos categorías muy distintas. Ahora bien, su lenguaje, sus vestidos y hasta sus mentiras me prueban palpablemente que, si no pertenecen ustedes á la ya bastante vil especie de los merodeadores y rateros propiamente dichos, forman parte de la segunda categoría, más repugnante, más infame: ¡la de los reptiles del espionaje!..

El capitán se acaloraba; sus delgados labios se contraían con una mueca de repugnancia. Y continuó:

— ¿Con qué calificativo asqueroso se podría flagelar la acción abominable de un indiferente que envenenase, por pasatiempo, los productos alimenticios expuestos en el umbral de las tiendas? Éste, aun, podría ser tachado de locura, puesto que sembraría la muerte sin objeto y sin cuidarse de conocer á sus víctimas. Pues bien, yo considero diez veces más criminal y canalla que la demencia de ese maniático, la acción de esa calaña maldita que se introduce cobardemente en los campamentos, que se insinúa en la intimidad de soldados y jefes, robando su confianza, espiondo su sueño, acechando á diestro y siniestro sus gestos y palabras, para, al igual que Judas, ir á trocar en seguida por algunas monedas de oro los secretos cogidos por la más ignominiosa sorpresa. ¡Ay! ¡Cuántos jefes engañados por esa escoria de las naciones! ¡Cuánto porvenir roto, cuánta carrera destrozada por los informes anónimos de esos renegados del honor! ¡Cuántos oficiales cuya rectitud y cuyo valor no podían ponerse en duda, han ido á buscar una muerte heroica, para lavar, en toda su sangre, la salpicadura, á veces falsa, pero siempre envilecedora, de uno de esos delatores sin patria!...

Sin dejar de hablar, Luis de Lespare empezó á andar, presa de indescriptible agitación. Su cólera, demasiado tiempo contenida, estalló de repente como un fuego artificial.

— ¡Ah! ¡ira de Dios!... exclamó arrebatado. ¡El cielo es testigo de que experimento verdadero placer en tener en mis manos una doble muestra de esa raza

de víboras que, sin pudor, vive del crimen de lesa humanidad!.. ¡Quiero hacer un escarmiento, un escarmiento terrible, para quitar para siempre las ganas de que se unan á mí ó á los míos los curiosos con demasiado celo! Oíganme bien, señores; voy á pronunciar su sentencia, y sin apelación... Les he sorprendido en mi campamento sin salvoconducto, invocando un pretexto inaceptable para dar motivo á su injustificable presencia aquí. ¡Como jefe de cuerpo, tengo el deber de mandarles pasar por las armas, y como nunca transijo con el deber, pueden, desde ahora, considerar la cosa como hecha!... ¿Jarnac?...

— ¡Presente! respondió el tolosano.

— ¡Ve á decir al preboste de policía que mande un pelotón, y que, antes de apagarse los fuegos, se administre justicia!...

Gonzalvo había escuchado aquella retahíla sin pestañear, sin interrumpirla con una palabra, bajando la cabeza como se hace para dejar pasar la tempestad; pero, así que el capitán hubo pronunciado la sentencia, pareció recobrar la posesión de todos sus medios para conjurar el peligro que pendía sobre su cabeza y sobre la de su compañero. Agarró por el jubón á Jarnac, que se iba ya á ejecutar la orden recibida, y le retuvo. Luego, dirigiéndose al conde, dijo, lo bastante alto para que le oyeran todos:

— Antes de proceder á nuestra ejecución, señor Luis de Lespare, tómese la molestia de mirarnos bien de frente; y estoy convencido de que, si llama á sus recuerdos, se arrepentirá de su precipitado juicio y nos dejará en libertad.

Una vez más, dirigiéronse todas las miradas á los italianos, colocados en plena luz por la antorcha de Chaminade.

— ¡Por el fuego del infierno! exclamó el viejo esgrimidor. ¡Qué lengua tan melosa! Pero ¡por Petrusquina! ¿en dónde he visto yo estas caras tan feas? añadió tras breve pausa.

Por su parte, su compañero pensaba:

— Yo conozco esas caras. No podría decir cómo ni cuándo las ví.

En vano se devanaban él y Jarnac los sesos. Habían viajado tanto, que era disculpable un olvido de ese género. Pero, en el momento en que, cansados de buscar, iban á abandonar esa tarea imposible, el viejo maestro de armas, que se enorgullecía de haber nacido en las orillas del Garona, quedóse con la boca abierta ante Gonzalvo.

— ¡Hola! exclamó, volviendo á hallar el habla. Yo estaba buscando entre los vivos y resulta que es entre muertos donde me oriento; puesto que este miserable tiene la misma cara que el duque de Toranzani, que tan bruscamente abandonó este triste mundo.

Y como, con frecuencia, una observación insignificante basta al viajero extraviado para volver á encontrar su camino, Chaminade exclamó con tono de espanto:

— ¿Fileas? ¿Qué dices?

— ¿Estamos seguros de haberlo matado?

— ¿Á quién?

— ¡Á ese animal, al señor Pertuso!

— ¡Indudablemente!

— ¡Entonces, añadió Chaminade con desesperación, señalando á Pietri, es que los muertos vuelven; puesto que está aquí su feo rostro!

Enrique presenciaba aquella escena sin comprender toda su punzante grandeza; lo que sí adivinaba era el padecimiento de su padre. Su sorpresa era profunda, porque conocía su energía indomable y su profundo desdén para todo peligro. En efecto, Luis de Lespare había repetido como con pesar aquellos dos nombres aborrecidos: « ¡Toranzani! ¡Pertuso! » Luego había sumido en melancólico éxtasis.

Gonzalvo sabía bien la causa. Y hasta se aprovechó de ello para acercarse al conde y decirle en voz baja:

— Estos hombres tienen mejor memoria que usted, conde; no se han equivocado al leer en el libro de lo pasado... ¡Sí, yo soy el hijo natural del duque de Toranzani!.. ¡La viuda de Calonne me privó de mi herencia, y usted mató á mi padre!... ¡Ah! ¡qué horribles son las acciones reputadas como grandiosas!.. Bajo falaz pretexto de justicia, se apropió usted de mi fortuna y mi calidad: ¡Usted ha hecho de mí lo que yo soy!.. Pietri Pertuso y yo, ambos hijos de las víctimas de usted, estamos en su poder. Pues bien, ahora que nos conoce, ¡tenga el valor de mandar ejecutar á los á quienes usted dejó huérfanos!

Luis de Lespare había cruzado los brazos contra el pecho, y, con los ojos mirando al vacío, parecía estar muy lejos de lo que se decía á su lado. ¡Ah!.. ¡qué terrible regreso á lo pasado! Esos hombres acababan

de obligárselo á hacer. El despertar de su memoria le mostraba las luchas épicas de su tempestuosa juventud, su encuentro con Calonne, y el implacable juramento de venganza prestado por él ante la frente de su amigo muerto... ¡Había cumplido su palabra!... ¿Debería arrepentirse de esa lealtad?... ¡No!.. Interrogada su conciencia, nada le reprochaba... ¡Los culpables habían muerto, pagando así sus deudas!.. Él había sido su juez y también su ejecutor... Estaba bien... Pero — y aquí es donde cierto escrúpulo empezaba á torturarle el alma — he aquí que los herederos de los asesinos de antaño afrontaban su presencia... ¿Qué iba él á decidir de ellos?... En buena justicia, y según el principio *nos bis in idem*, no podía hacer pagar á los hijos el precio liquidado ya por la sangre de los padres. Verdad es que aquellos bribones, teniendo á quien parecerse, se señalaban hoy por una acción contra la que el código militar dicta pena capital. Pero en su situación particular, si ordenaba su ejecución, ¿no se podría decir que se habría librado por cálculo de un descendiente del duque de Toranzani, que podía hacer valer sus derechos á la fortuna de Calonne?... ¡No! Ocurriera lo que pudiese ocurrir á consecuencia de una magnanimidad inmerecida, era preferible toda sorpresa á esta posible acusación de avaricia. Y, levantando su frente cargada de tristeza, ordenó el conde:

— Dejad salir á esos hombres. ¡Están libres!

— ¡Toma! exclamó Gonzalvo. Ya había yo previsto su decisión, señor de Lespare, por lo que le saludo...

Pero, añadió más bajo y en la creencia de que sólo le oía su cómplice, nos volveremos á ver, y ese día, el brillante capitán, el afortunado esposo de Constanza de Calonne, el padre de Enrique, será quien pida gracia para su mujer y su hijo.

— ¡Miserable! gritó el joven alférez, cuyo fino oído había sorprendido algunas palabras al pasar.

— Cállate, Enrique, ordenó el conde: la amenaza de ese hombre, si amenaza es, no puede en nada inquietarnos.

— Ya ves, decía entretanto el duque italiano á su cómplice, al oído: con audacia, siempre sale uno de apuros. Sobre todo con estos caballeros que tienen tan á pecho el honor... La decisión de ese imbécil es un arma contra él.

Se calló; el capitán se acercaba á ellos, y Pietri fué de pronto invadido por ese raro temblor que era como una enfermedad de su piel.

— ¡Cómo! ¿Aun están ustedes ahí? preguntó rudamente el oficial. Escuchen y aprovechen si pueden el consejo que voy á darles... Han conseguido ustedes su libertad apelando á mis recuerdos; ahora ¡quiero olvidarlo todo! Les he casi sacrificado mi deber de soldado. Los acontecimientos me dirán si he obrado bien al proceder así... ¡En lo sucesivo, créanme, no intenten atacar á los que me son queridos, porque, entonces, mi vieja sangre volvería á hacer de las suyas; mi corazón, siempre palpitante, empezaría á volver á la carga y, despertándose en mí el luchador, volvería á ser el luchador de antes, el implacable

Lespere!... ¡Esta espada que mató al padre asesino, se teñiría con la sangre del hijo criminal!... Y, dicho esto, ¡váyanse! ¡váyanse!... Les echo de aquí, y si les queda en el corazón un sentimiento de franqueza y lealtad, adandonen ese vil oficio de espías, indigno de caballeros... ¡márchense!

Los dos italianos, dominados, salieron en silencio, seguidos por la mirada de los testigos de tan grandiosa ejecución. Poco á poco, se perdieron en la obscuridad. Cuando se hallaron fuera del alcance del mosquete del centinela que vigilaba en el talud, Pietri Pertuso, recobrando en fin su tranquilidad, dijo á su compañero, en tono de odio feroz :

— *Signor*, en ese Lespare debemos atacar, no sólo al hombre, sino también al capitán de mosqueteros reales. Á éste debemos deshonorarle, y creo tener una buena idea para ello...

Luis de Lespare continuaba en el mismo sitio sumido en melancólico éxtasis. ¿Tendría de nuevo su vida un fin de justicia? ¿le sería preciso, á la edad en que se hace necesario el descanso, volver á empezar su existencia de astucia, de lucha y de sangre?... Se encontraba ya viejo, y no teniendo ya esa preocupación por el porvenir, que es una de las prerrogativas de la juventud, se preguntaba si iría á sucumbir ahora en su tarea. Aumentando su ansiedad, dijo en voz alta, sin darse cuenta :

— ¿Quién protegerá, pues, á mi querida y vieja Constancia?... ¿Quién velará por mí?...

Fileas Jarnac le miraba con el corazón sacudido por profunda emoción.

— Pero ¡demonio!.. exclamó sin querer oír más : ¿no estamos nosotros aquí, mi capitán?... ¿No estamos aquí nosotros, sus fieles servidores, para hacernos atravesar nuestras viejas pellejas, si es preciso, en el servicio de la señora Constancia y de la señorita...

— ¡Eh! exclamaron á una Lespare y Chaminade.

— Pero, si estamos solos, entre nosotros, y es inútil el ocultarnos lo que sabemos, es decir que si, para los otros, su hija es el alférez de mosqueteros negros, para nosotros es siempre nuestra señorita discípula.

— ¡La gloria de nuestra Academia! cantó el enamorado Chaminade. Y se olvida usted, capitán, de que nuestra sangre está siempre y por todas partes á su disposición y á la de los suyos.

El conde se sintió conmovido por tan emocionante fidelidad.

— ¡Qué buenos corazones!.. murmuró. ¡No, no lo olvido; puesto que á vosotros os he confiado la vida de los que tanto amo!.. Escucha, Enrique, prosiguió volviéndose hacia el alférez: si algún día llego yo á faltarte, y que tu madre y tú os vieseis amenazados por algún peligro, júrame confiarte enteramente á estos dos fieles amigos. ¡Conozco su prudencia y su valor, y les sé capaces de dejarse matar por nosotros, si no pudieran salvarnos!

Y como el alférez satisficiese el deseo de su padre, Jarnac exclamó á modo de desafío á enemigos imaginarios :

— ¡Ira de Dios! ¡nuestra piel es demasiado dura para dejarse traspasar fácilmente!

IV

DESGRACIA REAL

Hacía más de una hora que un sol resplandeciente iluminaba la llanura de Fontenoy, en donde masas de hombres trataban de matarse sin maldad, sin odio, sin conocerse siquiera; unos por deber, otros por gloria. Una densa humareda rodaba del campo de batalla hacia las aguas tranquilas del Escout y parecía adherirse á ellos como los vapores de la costa. Tornaba el cañón, chisporroteaba el tiroteo, y ya por tres veces el duque de Cumberland, general en jefe de los ejércitos aliados, había lanzado sus columnas de ataque para romper nuestras filas. El príncipe de Waldek, á la cabeza de sus holandeses, había desbordado de ambos lados de Antoin, para cortar el ala izquierda del ejército francés. De la punta de la eminencia que dominaba su acantonamiento, el capitán Lespare podía ver ó adivinar todas las peripecias de aquella lucha gigante y, de cuando en cuando, estremeciéndose de impaciencia, tornábase hacia sus mosqueteros, agru-

pados en orden tras de él, y se dominaba con gran trabajo por no ordenar á sus trompetas el toque de botasillas. Era tal su nervosidad, que no podía quedarse quieto, y atormentaba con mano febril el pomo de la espada.

— ¡Esto es intolerable! dijo de repente. ¡El mariscal ha jurado hacernos condenar aquí! Es una locura estar con el arma en descanso, cuando los demás se baten... y ni siquiera sé adónde debo llevar á mi compañía.

Aunque no menos impaciente que él, el alférez Enrique quería calmarlo con prudentes palabras.

— Es que, murmuró, formamos parte, si no me engaño, de la misión militar del Rey, mi capitán. Tal vez espere Su Majestad á escoger el lugar que ha de ocupar durante la batalla, para hacer que le acompañen sus regimientos.

— Tal vez, repitió Lespare. De todos modos, es enervante el permanecer inactivo una vez entablada la lucha.

En el fondo, estaba inquieto y pensaba que debía de pasar algo raro, inexplicable, porque, al cabo de una hora de combate, no podía creer que el rey estaba aún bajo su tienda y, en ese caso... ¿qué pensar? Cuando se quebraba la cabeza tratando de hallar la solución de tal problema, vió, viniendo hacia él, una brillante y numerosa cabalgata de oficiales con uniformes bordados de oro, escoltados por el primer cuerpo elegido de la casa del rey: los mosqueteros grises.

— ¡Ah! ¡al fin! murmuró. ¿Es acaso la hora de la

partida que llega? Tengo sed de combatir. Me parece que sólo una victoria podría hacerme olvidar la torpe clemencia que he tenido ayer. En la guerra, no debe uno dejarse llevar por el sentimiento: he cometido una falta, y tengo que rehabilitarme á mis ojos.

— ¡El rey!.. exclamó el alférez Enrique, en tanto que los mosqueteros se alineaban en dos filas.

Era, en efecto, Luis XV, que llegaba con los señores de Chabillant, de Brancas, de Brionne y de Aubeterre, oficiales de su cuarto militar. Por toda arma, llevaba en la mano una fusta. Detuvo el caballo, precisamente enfrente de Lespare, y, sin contestar á su saludo, le mandó en tono altivo:

— Capitán, resigne el mando en el Sr. de Gherlor.

Al principio, el conde, atontado, pareció no comprender... ¿Un disfavor?... ¿á aquellas alturas?... ¿en aquel lugar? ¡Eso era una locura!.. Y ¿por qué causa? ¿Podría invocarse alguna contra él, el hombre fiel, intransigente del honor?..

Pero, como el rey golpeaba su bota con un principio de impaciencia, Lespare se sobrepuso, y preguntó con aquella voz que la más violenta emoción no podía hacer temblar:

— ¿Resignar mi mando, sire?... ¿Me será permitido preguntar á Vuestra Majestad en qué he podido desmerecer á sus ojos?

Nerviosamente, el monarca apretó con las piernas á su cabalgadura, que se inclinó acercándose al conde.

— ¡Lea usted esto! limitóse á responder, tendiéndole, con la punta de los dedos, un papel desplegado,

que debía de haber arrugado en un arrebato de cólera.

Cogió el conde la hoja que de ese modo le presentaban, y tomó conocimiento de su contenido. Era una especie de misiva de algunas líneas solamente y cuya forzada letra indicaba, en su autor, el deseo evidente de ocultar su personalidad. He aquí lo que contenía:

« Sire, un amigo de Francia y de la realeza se cree en el deber de poner en conocimiento de Vuestra Majestad, que entre los oficiales de su casa real, hay un traidor. Anoche, el conde de Lespare, capitán de los mosqueteros negros, ha facilitado la evasión de dos espías ingleses que fueron sorprendidos por él en su campamento. Que Vuestra Majestad se sirva preguntar por sí mismo á su capitán lo que ha ocurrido, y se convencerá que, para seguridad de su ejército, debe hacerse un escarmiento... »

Y la cobarde delación estaba firmada por

« *Un amigo del Rey.* »

Al recorrer estas líneas, Lespare no experimentó el menor temblor. Únicamente se notó en sus labios una pálida sonrisa de repugnancia. Sospechaba de donde venía el golpe y no podía sorprenderse de ello. Su magnanimidad con los retoños de los traidores empezaba á dar frutos. Sin decir una palabra, devolvió la carta al rey. Éste no había dejado de mirarle atentamente, y le preguntó:

— ¿Qué tiene usted que contestar?

— Poca cosa, sire, replicó Lespare con calma; pues

esta carta no contiene nada que sea contrario á la verdad.

— ¡Cómo! exclamó el rey estupefacto. ¿Y no tiene nada que decirnos para tratar de justificarse?

— ¡Nada!

La fusta del rey agitóse de un modo que era de mal augurio.

— Caballero, continuó, reprimiéndose: ¿no ignorará usted la pena á que es acreedor?

— ¡Vuestra Majestad lo ha dicho!.. Como soldado, y sobre todo como jefe de compañía, yo debería dar ejemplo de sumisión á los reglamentos establecidos por el código militar, en semejante caso; mi falta es no haber pedido consejo más que á mi libre albedrío. Para castigarme, me retiran el mando... ¡Es justo!.. Pero no es bastante.

É inclinándose ante el rey, añadió Lespare:

— Le suplico, sire, que me envíe al puesto de más peligro, con misión de hacerme matar. Así espero, al precio de mi sangre, poder rescatar mi error.

Luis XV debía rechazar ese ruego.

— ¡Caramba!.. conde, replicó en tono guasón: el puesto que pretende obtener de nos, sería un puesto de honor. Sólo se lo confiamos á nuestros fieles, ¡no cuenta usted con él!

— ¡Cómo!... ¿No tengo el derecho de rescatarme por... una acción brillante, si es posible?..

— ¡No! repuso fríamente el monarca.

— En ese caso, sire, ¿qué piensa usted hacer de mí? preguntó, con doloroso acento, el capitán.

Aun bajo la acción de la cólera que le había invadido al recibir la carta anónima, Luis XV no podía ceder. Por otra parte, como la batalla se desarrollaba, su presencia era enérgicamente reclamada en otro sitio. Por lo cual, contestó con señales de impaciencia:

— Quedará usted arrestado hasta que un consejo de guerra resuelva su caso. Para no privarnos de un hombre que necesitaría su vigilancia, ¿quiere darnos palabra de caballero de que no abandonará la tienda?

Durante los cortos segundos de silencio que siguieron, pudo verse que se estremecían, unos tras otros, todos aquellos valientes oficiales que se sentían atacados por la desgracia de uno de los suyos.

Luis de Lespare tenía en sus oídos un zumbido que le impedía percibir el ruido sordo del cañón y el tiroteo de la fusilería. Por encima de todo aquel estrépito, subíanle al cerebro los quejidos del corazón. Al fin, cruzando los brazos y levantando la cabeza, pronunció:

— ¿Es decir que, mientras millares de hombres van á combatir por Francia y por su rey, en el momento en que falanges de valientes van á hacerse destrozarse por la idea sublime representada por la voz: ¡Patria! yo he de permanecer inactivo, encadenado por una palabra? ¡Ah! ¡eso es superior á mis fuerzas, sire!.. No puede usted condenar al conde de Lespare á tan cruel humillación... Si Vuestra Majestad supiese la causa que ha motivado el dejar en libertad á los dos miserables de que habla la carta, hallaría disculpa á esa falta... Pero ¿á qué decirla?.. No trato de disculpar mi conducta; ahora sólo deseo una cosa, obtener

autorización para ir á ofrecerme á las granadas inglesas ó á las balas austriacas...

— Señor de Lespare, interrumpió el rey, haciendo silbar la fusta por encima de las orejas del caballo; ya ha durado demasiado esta explicación... entregue la espada á su capitán de guardias.

— ¡Vuestra Majestad es despiadado!

Pero, al ver al capitán de guardias acercarse á él con la mano tendida, el conde retrocedió un paso, y sacó la espada, que miraba con lágrimas en los ojos.

— ¡Tú á lo menos, murmuró, debes evitar la cautividad, pues siempre has sido fiel!

Antes de que alguien pudiera oponerse, la partió en dos contra la rodilla y tiró los pedazos al aire. Después, dominando la pena que le invadía, dijo en voz alta:

— Sire, sírvase perdonarme este movimiento: un Lespare puede romper su espada, pero no rendirla... Ahora, soy simple soldado, y estoy muy dispuesto á llevar el mosquete. Señor de Gherlor, añadió, volviéndose hacia su antiguo subteniente, á quien correspondía de derecho el mando de la compañía, tómeme á sus órdenes, se lo ruego, y le juro que no tendrá subordinado más sumiso ni más disciplinado.

— ¡Oh! si sólo dependiera de mí, dijo con emoción el oficial así suplicado; no solamente le acogería con alegría, sino que, lejos de ver en usted un simple soldado, estaría orgulloso, como siempre lo he estado, de marchar á sus órdenes.

La frente del rey se oscureció. No le gustaba que se discutiesen sus órdenes.

— Señor de Gherlor, dijo con violencia, parece usted olvidar que habla delante de Nos.

El teniente Gherlor se inclinó.

— Sire, replicó, no sin firmeza, Vuestra Majestad, que no ignora cómo Luis de Lespare me salvó la vida, en otro tiempo; perdería toda la estima que me tiene si me creyese capaz de ser infiel á mi hermano de armas, en el momento en que le abrumba la desgracia...

Y tendiendo la mano al conde, añadió noblemente:

— ¡Somos hermanos, hermanos seguiremos siendo! Luis XV frunció imperceptiblemente el entrecejo. Le invadía la cólera. No obstante, añadió, haciendo dar vuelta á su caballo:

— Sírvase mandar colocar un faccionario á la entrada de esta tienda, señor de Gherlor, y comuníqueme al señor de Lespare la prohibición terminante que le hacemos de franquear su umbral... Hecho esto, tome usted el mando de la compañía y enarbó nuestro pabellón.

Tras esto picó espuelas hacia Fontenoy, seguido entre una nube de polvo, por su brillante estado mayor; mas no sin que, por convenio tácito y lleno de grandeza, Chabillant, Brancas, Brionne y Aubeterre se inclinasen ante su desgraciado compañero de armas que se atrajo el disfavor real, siempre temible para cada uno de ellos.

Momentos después, triste, pero resuelta á cumplir con su deber, la compañía de mosqueteros, privada de su jefe, montaba á caballo y se alejaba al galope,

á las órdenes de los señores Gherlor, Rohán, Montigny y Souvret.

El oficial Enrique no estaba en su puesto. Por una reflexión muy digna de su amistad, para velar por el señor de Lespare é impedir que se entregase á su enfadosa desesperación, el marqués había dado al alférez orden de quedarse con su padre.

La batalla estaba empeñada en toda la línea, y el conde de Hauteroche, por una quintaesencia del espíritu caballeresco, acababa de hacer matar benévola-mente seiscientos sesenta oficiales ó soldados de sus granaderos y de sus guardias franceses, diciendo á los ingleses: « Tiren ustedes primero, señores. » Este refinamiento de cortesía estuvo á punto de ser fatal á nuestras armas, porque, no viéndose apoyados por caballería alguna, los regimientos así diezmos flaquearon, permitiendo á los ingleses avanzar á paso lento y en columna cerrada, cual si hubieran estado en un campo de maniobras. Pronto se hallaron en el centro del ejército francés, después de haber desbordado Fontenoy como un alud irresistible contra el cual iban á estrellarse los cuerpos de infantería ó caballería lanzados, por órdenes locas, al encuentro de aquella columna infernal.

El mariscal de Sajonia, casi moribundo, se hacía conducir en un carricoche de mimbre, llevando sus órdenes de un cuerpo á otro. Pero ya no tenía fe, y viendo comprometida la suerte de aquel día, acababa de hacer rogar al Rey que pusiera en seguridad su persona y la del Delfín... El estandarte de la compañía

de mosqueteros negros no ondeaba ya encima de la tienda donde el oficial desgraciado, y prisionero bajo su palabra, se roía los puños por no poder correr al fuego. Hacía media hora, es decir, desde la salida de aquellos á quienes mandaba antes, que el conde Luis de Lespare no cesaba de pasearse por la tienda, golpeándose el pecho á cada cañonazo, enjugándose el sudor de la frente cuando llegaba á sus oídos el lejano tiroteo de la mosquetería. Su dolor era punzante; pero, ¿qué podía él contra la cobarde denuncia de los italianos que, aprovechando su clemencia, la volvían contra él mismo, trocándola en arma envenenada y perversa!.. ¡Y el rey, el rey que lo conocía demasiado, había dado oídos á la infame delación!.. ¡Creía á su capitán teniente cómplice de los espías! ¡Qué abyección!... Y, sin interrumpir su furioso andar de león enjaulado, repetía constantemente:

— ¡Y pensar que se están batiendo!.. ¡Que se están batiendo sin mí!..

Durante todo aquel tiempo, el alférez Enrique, sentado en la cama de campaña de su padre, con la frente entre las manos, no había pronunciado aún una palabra. Sin duda creía inoportuno intentar vulgares consuelos. Se daba cuenta por sí mismo de cuán inútiles y superfluos serían. No obstante, á las últimas palabras del conde, levantó la cabeza y murmuró á media voz:

— Padre, no es usted el único á quien se le prohíbe hoy buscar gloria... ¿no estoy yo aquí?.. Su desesperación me aflige, y acabo de reflexionar el medio de

quebrantar su arresto, para permitirle intentar uno de esos golpes que producen admiración y que le devolverán el favor del rey.

El joven alférez se levantó, prosiguiendo, también en voz baja :

— Escuche, padre. Vamos á practicar un boquete en la tela del fondo de la tienda ; he observado que el centinela no viene por este lado. Una vez practicado el boquete, toma usted mi espada y sale tranquilamente, después de darme su capa, que yo me pondré. De este modo, si el centinela llega á sospechar y levanta la cortina de la tienda, me tomará por usted y quedará tranquilo. Por lo demás, usted sabrá mejor que yo en donde está el deber... Libre, gracias á la substitución que le propongo, y que no puede usted rechazar, vaya á batirse á la cabeza de su compañía y, terminado el combate y castigados los traidores si usted los encuentra, venga á ponerse á la disposición del rey que no podrá menos de retirar la orden dada.

Al principio, las palabras de Enrique no fueron para los oídos del conde sino zumbidos poco claros. Luego, poco á poco, había empezado á entender, y como su cerebro de caballero andante edificaba proyectos más pronto y mejor que el alférez, proyectos locos para cualquier otro, realizables para él, interrumpió su paseo de fiera cautiva. Ahora, sus pupilas irradiaban de audacia y de esperanza.

— Hijo querido, murmuró estrechando al oficial contra su pecho, tu madre hubiera hablado como tú. Tú eres el vivo retrato de mi valiente Constancia, y,

además, tienes el alma de tu padre.... Acepto, ¡ y gracias !

Una vez tomada esa resolución, no había que perder el tiempo. Los dos pusieron mano á la obra, y un momento después, la tela del fondo de la tienda tenía un agujero suficientemente largo y ancho para dar paso á un hombre.

Enrique se había vestido la capa del conde, y éste se ciñó la espada del alférez.

— Padre, aconsejó este último, en cuanto esté usted afuera, intérnese en el bosque y dé la vuelta al montículo ; detrás está atado su caballo.

— ¡ Chitón ! le dijo Lespare. Afuera están hablando, hijo. Escuchemos.

En efecto, detrás de la tienda, no lejos del lugar en que la tela agujereada ofrecía una salida improvisada, el follaje acababa de ser apartado con precaución, para dar paso á Gonzalvo de Torino, el personaje de dudoso origen que ya conocemos. Ni el conde ni el alférez podían verle, á no ser descubriéndose ellos á su vez. Además, como el centinela se hallaba al otro lado de la morada de tela, el camino parecía completamente libre. Así lo comprendió sin duda Gonzalvo, porque, sin tratar de ocultarse más, volvióse hacia unos personajes que le seguían, para decirles á media voz :

— Por aquí, señores. Bajando por aquí, llegaremos á una vereda que nos conducirá directamente al bosque de Barri. Allí, bajo el follaje, hallaremos las avanzadas austriacas. Entonces, nos será fácil que nos conduzcan junto al general Kœnigseck para cumplir nuestra misión.

Uno á uno, un oficial y veinte granaderos ingleses, seguidos de lejos por Pietri Pertuso, el segundo de Gonzalvo, habían salido de entre el follaje.

— ¿Está usted seguro de que los franceses llevan su último refuerzo á Fontenoy?.. preguntó el oficial, contando á sus hombres con los ojos.

— No puedo estar más seguro, repuso Gonzalvo, que parecía muy bien informado. Además, observará usted que á nadie le ha ocurrido la idea de mandar guardar este desfiladero...

— Excepto á mí, murmuró Lespare.

— ¿Á usted, padre?

— ¡Chitón! hijo. Escuchemos.

Gonzalvo continuó, seguro de lo que decía:

— El capitán teniente de mosqueteros negros, en calidad de jefe del acantonamiento avanzado, es el único que hubiera podido tomar precauciones. Gracias á mi iniciativa, se lo han impedido á tiempo. Suspendido en su empleo, debe de estar actualmente, bajo buena escolta, camino de alguna ciudad frontera, para responder del crimen de traición.

El oficial inglés dijo con sorna:

— Ha dado usted un golpe maestro, señor de Torino, y crea que el duque de Cumberland sabrá agradecer ese servicio. ¡La jornada es nuestra! La columna de los ejércitos aliados, penetrando como una cuña en las posiciones de los franceses desmoralizados, no podrá ser rechazada, ni aun por las tropas escogidas del cuarto militar del rey Luis, á no ser que pudiera atacarla con varias piezas de cañón... Pero el mariscal

de Sajonia no es capaz de pensar en esto... ¿Ha reconocido usted el otro lado de esta tienda, señor Gonzalvo?

El italiano se deslizó á lo largo de la tienda, á la que dió la vuelta rozándola. Momentos después, volvía, diciendo:

— Hay un centinela, olvidado sin duda en la precipitación de la marcha. Yo me encargo de la suerte de ese joven.

— ¡Pero no haga ruido!

Gonzalvo sacó del cinturón un estilete de acero bruñido, de profundas ranuras.

— ¡Este compañero no es ruidoso, dijo con risa siniestra, y está acostumbrado!

Los granaderos sajones apartaron los ojos con repugnancia. Ellos eran soldados civilizados, y aquella manera de hacer la guerra con argucias salvajes les daba calofríos por todo el cuerpo.